

FEDERACIONES DE ESPAÑA

CONSAGRADAS A CRISTO PARA EL SERVICIO DEL REINO

El voto de castidad en el Carmelo Teresiano femenino contemplativo

Cuestión preliminar

1. ¿Soy consciente de los cambios que se han realizado en la forma de entender y de vivir los votos en la vida consagrada?

Los tres votos con que expresamos la consagración religiosa son explicitación tardía (s. XII) del único voto de la conversión de vida (*conversio morum*) del monacato primitivo. La forma de entender y vivir el compromiso de los votos va siguiendo el paso de la Iglesia guiada por el Espíritu e inserta en el contexto socio-cultural de su tiempo. Nuestra sociedad ha experimentado profundos y rápidos cambios y la vida religiosa por una parte se ha impregnado de ellos y por otra ha reflexionado mucho y se ha esforzado en buscar las formas adecuadas para poder ser en medio de ellos lo que está llamada a ser. Esta es una tarea ardua y siempre inacabada.

Todas somos en mayor o menor medida conscientes de que la vida religiosa ha cambiado en su forma de entender y de vivir los votos con relación al pasado, de que está en cambio y de que tendrá que cambiar para seguir siendo semilla de Evangelio en el futuro. Si bien la posibilidad de valorar el cambio de los últimos tiempos es distinta para las hermanas que vivieron el Concilio estando en la vida religiosa, o que entraron en el primer postconcilio, y aquellas que han llegado mucho después. Para las primeras los cambios tienen ecos muy concretos. Ellas fueron formadas en la teología de los votos anterior al Concilio y participaron muy directamente en su redefinición. En general vivieron estos cambios muy gozosamente, aunque fueron también momentos de gran desorientación. Recuerdan el impacto del Concilio con su llamada a la renovación. El esfuerzo de contrastar sus ideas y vidas con aquel aire nuevo, lleno de Evangelio y de Espíritu, la transformación vivida, a veces un tanto convulsivamente en el primer momento y más pausada y sosegadamente a lo largo de los años. También reconocen que en algunas cosas siguen pesando los criterios teológicos en los que fueron formadas y que habían configurado durante mucho tiempo la vida religiosa.

El punto de inflexión viene, pues, marcado por el Concilio Vaticano II y la nueva teología y eclesiología que emanaron de él. Probablemente podamos tomar como motor de arranque el documento fundamental, la constitución “Lumen Gentium”, que puso las bases a los cambios que deberían producirse en todos los estamentos de la Iglesia:

- El concepto bíblico de PUEBLO de Dios, se antepone a la constitución jerárquica de la Iglesia.
- Se fundamenta la vocación de los laicos.
- Se proclama la llamada universal a la santidad.
- Se contempla a la Virgen María como miembro eminente de este Pueblo.
-

Y en el c. 6 se presenta la consagración religiosa orientada al bien de toda la Iglesia, la cual protege y sostiene la índole propia de los distintos institutos religiosos.

Todas coincidimos en ver que el enfoque conciliar es más completo. A partir de esta nueva conciencia del Misterio de la Iglesia y de su papel en la historia, se abre paso una eclesiología de comunión y una atención y sensibilidad a los llamados “signos de los tiempos”, que nos implica a todos.

El Concilio, con su nuevo concepto de Iglesia, forjó una forma de entender la vida religiosa y su

consagración por los votos, más positiva y en función del servicio del Reino. Es decir más desde la misión que desde la reserva personal para Dios. Los votos no se entienden desde la visión del holocausto o entrega a Dios con carácter de salvación individual, sino una forma de liberación para colaborar con Él en el proyecto del Reino. La vida religiosa es, pues, un modo de seguir a Jesús, viviendo como vivió Él. Esto es lo que quieren vivir y expresar los votos: comprometer toda la existencia, consagrando para la causa de Dios y de Cristo posesiones (pobreza), afectos (castidad) y autonomía (obediencia).

Hoy se entienden y viven los votos con referencia total a Cristo: en clave teológica y base antropológica. Hemos pasado de acentuar los aspectos negativos de los votos, que eran vistos preponderadamente en perspectiva de *holocausto*, es decir, de renuncia al mundo y a sí mismo para pertenecer íntegramente al Señor, vivir sólo para Él y buscar en cada momento su voluntad y su gloria en el servicio del Reino, a acentuar su aspecto de consagración para la misión. Así resulta que:

de una pobreza entendida como renuncia a los bienes materiales, hemos pasado a una pobreza que consiste en poner todo lo que uno es y tiene al servicio de los demás, especialmente de los más pobres.

de una castidad como renuncia a los bienes del cuerpo, hemos pasado a una castidad que junto a la vida fraterna en comunidad, tiene la misión de anunciar unas nuevas relaciones fraternas de comunión, perdón y solidaridad que unan en el amor a la familia de Dios.

de una obediencia como renuncia a los bienes racionales, a una llamada a vivir en la confianza y responsabilidad de hijos de Dios, que en diálogo fraterno con los superiores y la comunidad discernen la propia misión.

A pesar de ser conscientes del cambio, de lo mucho que aporta esta nueva visión y de que no podemos dejar de buscar nuevos signos y nuevos retos, también reconocemos que no está todo conseguido. Hemos relativizado las normas, el cumplimiento y centrado todo más en el crecer en la entrega, en el amor, en crear fraternidad hacia dentro y hacia fuera. Y sin embargo, no podemos dejar de ver que la vida religiosa afronta ahora un momento difícil para el que tiene que ser enormemente creativa. La cultura cambiante y plural, la falta de vocaciones en los países de la vieja cristiandad y el florecimiento vocacional de las nuevas iglesias están ya apuntando un futuro distinto para el que harán falta soluciones nuevas. Para ello lo importante es estar abiertas al Espíritu para discernir cada vez mejor los signos de los tiempos y encarnar la vivencia de los votos de manera inteligible en la Iglesia y la sociedad de hoy.

2. ¿Qué conclusiones saco para mi vida contemplativa consagrada de la perspectiva del proyecto de Dios en la visión de los votos religiosos?

Reconocemos sin duda que el enfoque que más ha influido en esa nueva orientación de la teología de los votos es el de recuperar la conciencia de que la vida religiosa, como parte integrante de la Iglesia universal, ha de ser signo e instrumento del proyecto de Dios para el mundo en el que vive en cada momento.

El proyecto de Dios, como bien plantea la “*Gaudium et Spes*”, está orientado a toda la humanidad. La Iglesia y la vida religiosa, por tanto dentro de ella, tiene la misión de anunciar que somos familia de Dios todos y que Él tiene designios de amor para todos. Este anuncio o evangelización tiene que ir haciéndose por un nuevo tipo de relaciones con Dios, con los hombres y con el mundo. La Vida Religiosa, con su manera peculiar de vivir, puede ser anuncio de esta familia que estamos llamados a formar todos.

Desde este punto de vista hemos reforzado el carácter de llamados para una misión: el anuncio y anticipo del Reino. Hoy es más fuerte la conciencia de que nuestra llamada nace dentro del pueblo de Dios y para su servicio. Algunas conclusiones que se derivan de esto son:

1. Necesidad de ahondar en nuestra identidad y especificidad dentro de la Iglesia:

· Profundizar más en la consagración bautismal como fuente de la consagración religiosa.

· Cultivar una relación de intensa intimidad con Cristo, prestando atención a su presencia en la Iglesia, la Eucaristía, la comunidad, la creación, cada persona (sobre todo en los que sufren),

la propia vida; tratando con frecuencia de amistad con ÉL, refiriendo a Él todo el quehacer de la jornada.

Una vivencia de intensa comunión fraterna en el interior de la comunidad que se abre espiritualmente a toda la humanidad y se manifiesta en las concretas ocasiones en que nos relacionamos con otras personas.

2. Necesidad de renovar el empeño de ser en y con la Iglesia signo e instrumento del proyecto de Dios orientado hacia toda la humanidad:

Nuestra relación de hijas de Dios ha de ser para los demás una llamada a vivir en la confianza de los hijos que asumen también con responsabilidad el proyecto del Padre. Hemos de ser testigos de esa experiencia de amor liberador que ayuda a crecer, a ser más persona y a vivir a favor de los demás.

La pasión por Dios se traduce y expresa en pasión por la humanidad. Sabedoras de que tenemos una misión entre nuestros hermanos, hombres y mujeres de todo el mundo, nos esforzamos por dar a entender que Dios nos ama, quiere nuestra felicidad y desea encontrarse con nosotros para compartir la vida; que nos busca a todos con sumo respeto.

Tenemos que cultivar una sensibilidad que nos ayude a saber leer los acontecimientos desde Dios. Sólo así ayudaremos a los demás a descubrirlo presente en la historia y en la vida personal, por oscuros o difíciles que sean. Para ello es importante un contacto continuo con la Palabra, la meditación asidua, la oración, el conocimiento de nuestros santos que supieron descubrirlo siempre y en todo. Y una preparación suficiente para comprender la cultura de nuestro tiempo.

Los hombres y mujeres de nuestro tiempo tienen que ver en nosotras personas que se aman. Sólo desde la vivencia profunda del amor, amándonos unas a otras como Él nos ama, es posible ser signos eficaces en medio de un mundo en continuas guerras y divisiones. Podemos hacer presente el Reino de Dios en medio de nuestro mundo con la alegría de nuestra vida.

Una comunidad de hermanas donde se vive la comunión en las diferencias, la flexibilidad, el perdón y reconciliación en las tensiones de la convivencia, la ayuda mutua, la integración de las limitaciones de enfermedad, ancianidad... puede y debe ser un signo del amor de Dios que estamos todos llamados a recibir y compartir.

Ser también una comunidad de vida sencilla, que vive del trabajo, pero sin ser esclavas del dinero; que comparte sus bienes con los necesitados y no busca el enriquecimiento.

En conclusión: debemos buscar las nuevas formas de ser signos e instrumentos para abrir paso a Dios en la historia. Todo en nuestra vida debe estar en función de ser más claramente testimonio del amor de Dios y de facilitar el encuentro entre Él y nuestros hermanos. Tenemos que revisar nuestros criterios y modos de vida a la luz de la Palabra de Dios, la nueva cristología y eclesiología, y en profundo diálogo con ellas y la cultura de nuestro tiempo, en la que Dios también habla, crear un espacio común donde se encuentren Dios y el hombre. Nos urge mirar a la Santa y cómo enfocó ella todo de cara al servicio a la Iglesia desde la información a que tenía acceso. Hemos de ser signo e instrumento para que el proyecto de Dios se realice “siendo tales”, como quería Santa Teresa, e hijas de nuestro tiempo como ella, abriéndonos a la Palabra y dejándonos mover por el Espíritu. Esto nos pide no quedar ancladas en contextos y estructuras que ya no sirvan, sino vivir en el proyecto de Dios. No podemos aferrarnos a nada que impida el ser testigos del amor de Dios, mujeres que son felices viviendo en íntima unión con Él y que con su vida de comunidad de hermanas hacen presente el amor de la Trinidad y son preanuncio del Reinado de Dios, donde todos viviremos como hijos de Dios y hermanos.

Tenemos claro que afrontar los cambios no es cuestión de un “ajuste de costumbres” sino de una renovación de la mentalidad, de una fidelidad al amor de Dios que se traduzca en hacerlo presente en el

mundo que nos regala y así alentar a nuestros hermanos.

3. En el lugar en que vivimos nuestra vida consagrada, ¿hemos hecho esfuerzos por inculcar la forma de vivir nuestros votos religiosos?

Todas podemos afirmar que hemos vivido y vivimos con preocupación y conciencia la necesidad de inculcar nuestra forma de vivir los votos en el lugar donde los vivimos. Pero, dado que cada comunidad vive en un entorno peculiar (rural, urbano, alejado de los núcleos de población, poblaciones con diferentes tradiciones y realidades religiosas, realidades sociales muy diversas...), y que cada comunidad ha hecho su propia evolución y ha desarrollado su sensibilidad, dependiendo de muchos factores, las respuestas dadas tienen algunas líneas comunes y después aspectos muy particulares, difícilmente compartibles por todas en su concreción.

En general, constatamos una mayor relación y apertura al entorno: desde una relación y diálogo con la realidad que nos rodea hemos ido adoptando cambios en nuestra forma de vida, nuestro trato hacia dentro y hacia fuera, la liturgia, la mayor aceptación de la diversidad de criterios dentro y fuera de la Iglesia.

Reconocemos en las directrices de la Iglesia y de la Orden una ayuda para estar atentas a los nuevos planteamientos y retos que van surgiendo. La formación nos ayuda para reconocer los desafíos y encontrar respuestas para ellos.

En este camino, recorrido a veces en la incertidumbre, hemos ido desligando lo esencial de lo accidental y sujeto a cambio, por tanto. Hemos profundizado en los valores más auténticos. Hemos realzado la centralidad de la fraternidad, expresándolo en nuestra forma de vivir la vida comunitaria y las relaciones con el exterior. Hoy tenemos conciencia clara de comunidad contemplativa en el mundo, no fuera o frente a él. Algunas de nuestras casas se han preparado para acoger personas o grupos que buscan, junto a una comunidad orante, el encuentro con Dios.

Algunas comunidades, según sus posibilidades, han dado respuesta a los problemas actuales de la inmigración, del desempleo, de los más necesitados; otras han tomado parte activa en el diálogo ecuménico e interreligioso o se han esforzado en ser signo y acogida para “los alejados”.

Nuestra vida también ha cambiado porque nosotras, hijas de nuestro tiempo, hemos cambiado. No estamos aisladas y los cambios nos afectan, no siempre de manera consciente. Y en cada momento debemos vivir no sólo abiertas a lo nuevo sino también críticas y en continuo discernimiento. No todo cambio es bueno. Más bien creemos que ha habido algunos cambios que no han venido propiciados por una mayor fidelidad y autenticidad, sino fruto de una pasión por la novedad y cierta frivolidad contemporizadora.

No obstante este cambio que reconocemos, somos conscientes de que no es fácil ser signos claros. La vida del mundo actual es compleja y nuestras estructuras no resultan siempre adecuadas ni ágiles para el cambio. La tradición pesa mucho, los cambios de mentalidad son difíciles. El envejecimiento, la falta de vocaciones o las vocaciones que llegan buscando seguridad dificultan el cambio. En conclusión se ha hecho mucho y queda mucho por hacer.

I. Perspectiva bíblica

1. ¿Qué conclusiones sacas del ejemplo y de las enseñanzas de Cristo sobre la castidad consagrada por el Reino de Dios?

- Constatamos que ahondar en la fundamentación bíblica del voto de castidad nos remite de modo inequívoco a la persona de Jesús y a su forma de vivir en total dedicación y libertad su entrega completa al servicio del Reino. Nos ayuda, por tanto, a enraizarlo en nuestra vida como seguimiento de Cristo con sus tres grandes exigencias de relativización de la familia (castidad y vida fraterna), los bienes (pobreza) y el sufrimiento, “llevar la cruz”, que pueda comportar el cumplimiento de la voluntad del Padre (obediencia).
- Jesús con su ejemplo y su palabra nos ha enseñado a vivir para el Reino y relativizar todo lo demás. En los Evangelios vemos claramente que la castidad-virginidad de Jesús es consecuencia directa de su especial y profundísima relación con el Padre. Todo su vivir humano está polarizado por ese amor total. Esa unión de amor que Él vive con su Padre es la que nos da a conocer, para que “como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros”.
- El celibato es ahora, como en tiempo de Jesús, una ruptura con el esquema social. Y por ello puede convertirse en interpelante. Si realmente, como Él, lo vivimos como medio de dar en nuestra vida centralidad y primacía a Dios, a su Reino, puede convertirse en un gran testimonio del amor universal de Jesús.
- No es un desprecio ni menosprecio del matrimonio, ni como institución humana, ni como vocación cristiana. Es un don de Dios para servicio de la Iglesia, que queremos vivir con gratitud, con constante acción de gracias y confiando plenamente en su ayuda. Jesús apreció y valoró el matrimonio y la familia como instituciones santas y queridas por Dios, no como bienes absolutos y definitivos. No se casó, pero en un ambiente social y religioso desfavorable al celibato lo vivió con naturalidad, sin renunciar a relacionarse y amar a las personas con cercanía y ternura. Su vida virginal no tuvo para Él una finalidad ascética. Fue exigencia interior y expresión de un amor al Padre y a los hermanos totalmente gratuito, oblativo, no polarizado, prolongación y reflejo del Amor trinitario.
- Es un camino de libertad para amar en plenitud a todos los hombres, como Jesús. Está en función de ensanchar nuestro corazón humano y ponerlo al servicio de todos. La castidad consagrada como entrega a Dios y a los hermanos, nos da una proyección nueva como mujeres libres para vivir el amor en plenitud con un corazón indiviso. Y está reñida con el corazón endurecido. Jesús y Pablo aparecen con capacidad para el amor tierno, entrañable, cercano a los amigos y a los seres queridos. Jesús es un hombre total con una gran personalidad, cercano a las personas y a las cosas y al mismo tiempo focalizado en Dios, plenamente integrado, centrando todas sus fuerzas en orden a responder a la gran empresa del Amor.

2. El don que has recibido para vivir la castidad consagrada ¿qué implicaciones tiene en tu vida contemplativa?

El hecho de que la pregunta venga formulada con carácter personal hace que las respuestas sean también a veces muy personales. Hemos recogido a grandes líneas los aspectos más comunes en todas ellas. De modo que resultan más destacadas entre las implicaciones que tiene para nosotras el don recibido para vivir la castidad las siguientes:

- Lo primero que destacamos al reconocer que es un don es el agradecimiento a Dios por lo recibido y el llamamiento personal a la responsabilidad. Nos sentimos depositarias de una confianza de Dios y queremos responder generosamente. Tenemos conciencia de que somos receptoras de este don para el servicio de Dios y los demás (“Él me amó primero”). Encontramos en la raíz de nuestra vocación contemplativa una experiencia interior de la cercanía y amor de Cristo, de su belleza, bondad, amabilidad infinita. Y, junto a esto, el impulso del Espíritu a dejarlo todo para crecer en su conocimiento y responder a su Amor, manteniendo con Él un trato asiduo de íntima amistad que es participación vivencial en el misterio de la Iglesia Esposa. El don es tarea y misión

- Nos lleva a ser radicales en nuestro amor a Cristo, a quien dedicamos toda nuestra vida, siendo libres sólo para Él. Supone un descentramiento propio para vivir centradas en Él. Este don nos une de un modo muy íntimo a Dios y nos prepara para ir acogiendo como nuestro todo lo suyo. Nos va centrando la vida en los intereses de Él y nos va haciendo cada vez más suyas. Él polariza nuestro corazón y toda nuestra existencia y nos va abriendo a un amor generoso y universal como el suyo. Por ello cuanto más unidas estamos a Él comprendemos que nuestra vida ha de gastarse en el servicio a los hermanos, tal y como nos mostró Jesús.
- La castidad implica, de hecho, en primer lugar, mirar la realidad con ojos limpios, mirar la realidad propia y ajena de forma teologal, castamente, haciendo de ese conocimiento una experiencia de misericordia. Mirando al mundo y a los hermanos con ojos castos sacamos a la luz la belleza profunda que se oculta en ellos, que no es sino la imagen de Dios, percibida por unos ojos castos: “cuando tú me mirabas, su gracia en mí tus ojos imprimían”. Esa castidad de vida y de corazón nos permite descubrir la fidelidad de Dios en nuestra historia, por tortuosa y oscura que parezca a veces (“los dones y la promesa de Dios son irrevocables”); nos capacita además para poner este don liberador al servicio del conjunto de los hombres y mujeres, como herramienta para su propia maduración y realización humana. La castidad nos hace mujeres libres y liberadoras, humanas humanizadoras, evangélicas y evangelizadoras.
- La castidad consagrada -que nos dispone a vivir para el Reino- implica en nuestra vida contemplativa un especial cuidado en liberar el corazón de todo afecto egoísta, polarizado, exclusivista, posesivo, para centrarnos totalmente en la amistad o relación sponsal con Jesús y formar en torno a Él pequeñas comunidades que sean como células del Reino, sencillas parábolas del mismo, indicadores de sus valores. Esto nos lleva a buscar que nuestras relaciones fraternas tengan a Él como referente y nos esforcemos siempre en mejorarlas y por medio del diálogo, trato mutuo en el amor, aceptación de cada hermana, para hacerlas más profundas, auténticas y transparentes. En las relaciones de comunidad es donde nuestro corazón se purifica y aprende a amar. Se abre a un amor más universal y sin barreras, un amor que acoge, que sirve, que se entrega, que se olvida de sí.

3. ¿Qué orientaciones te dan el ejemplo y la doctrina de Pablo sobre el celibato por el Reino de Dios?

En Pablo el celibato es consecuencia de su deslumbramiento por Cristo, de su enamoramiento de Cristo y su identificación y celo por su causa, la del Reino. En Pablo encontramos un referente bíblico, quizá el más claro, de nuestra propia consagración. Pablo es un consagrado, y es en la Escritura el primero que llega a experimentar esa seducción a través de un encuentro directo con el Resucitado. Recordemos que Pablo, igual que nosotras, no conoció al hombre Jesús de Nazaret, y que su experiencia de Él pasa a través del Misterio Pascual. Ese “yo soy Jesús” quedará grabado en sus entrañas y configurará toda su vida posterior: Cristo es el molde donde Pablo vierte y reconvierte su vida: “Vivo yo pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”; “para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir”; “vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí”.

A Pablo, como a nosotras, no le ha deslumbrado una causa, sino una persona: Cristo, “en quien vivimos, nos movemos y existimos”, y él se sabe miembro de este Cristo, Apóstol suyo, elegido para anunciar el Evangelio. Él es la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia, y nosotros somos miembros suyos. El encuentro con este Cristo abre al gran monoteísta Pablo a la experiencia del Dios trinitario, y al reconocimiento de todos los hombres como la gran familia humana, donde todos somos hijos en el Hijo, rescatados de la muerte a precio de su sangre, elevados hasta el Padre por el poder de su Resurrección, habitados y movidos por la fuerza de su Espíritu. Pablo sabe que Cristo está vivo y resucitado, porque le ha salido al encuentro.

La virginidad, pues, para Pablo, tiene valor si se vive en función de servicio para la causa de Cristo y del Evangelio. Las razones de su celibato son: la dedicación a las cosas del Señor y la inminencia escatológica. Él vive su celibato y así nos lo enseña, para poder entregarse mejor a todos y estar libre para anunciar el Reino en todas partes.

De este ejemplo sacamos las siguientes orientaciones:

- Nuestro celibato nace de una irrupción de Cristo en nuestra vida y sólo puede sostenerse y ser fecundo si esta unión con Él se afianza y crece en intimidad. Pues no es fácil y no está exento de lucha. Traemos a colación este texto de nuestro Santo Padre: “Porque para vencer todos los apetitos y negar los gustos de todas las cosas, con cuyo amor y afición se suele inflamar la

voluntad para gozar de ellos, era menester otra inflamación mayor de otro amor mejor, que es el de su Esposo, para que, teniendo su gusto y fuerza en éste, tuviese valor y constancia para fácilmente negar los otros”. (1S 24,2)

- El celibato nos capacita para madurar en la entrega generosa, en una afectividad abierta a todos, con cultivo de relaciones de amistad, de colaboración, de ternura, sin ataduras. San Pablo da además, fundamentalmente en la Primera Carta a los Corintios, pautas muy claras para educar el corazón en el verdadero amor. Bien puede considerarse como norma del corazón célibe que desea regir su vida por el amor. Porque esta tarea se hace en la sencillez de la vida cotidiana en la relación con los hermanos, primeramente con los más próximos, que es dónde se relaciona Dios más directamente con nosotros, “cada vez que lo hicisteis con uno de estos conmigo lo hicisteis”.
- Es el estado más conveniente para estar libre y vivir dedicadas por entero a Dios, entregándonos al servicio de su Reino.

Pablo con su celibato y nosotras con el nuestro anunciamos que con la venida, muerte y resurrección de Cristo hemos entrado en el tiempo de la intervención definitiva de Dios en la historia, quedando en tensión hacia la plena manifestación del Reino y habiendo entrado en vigor una nueva jerarquía de valores. Con una vida célibe anunciamos la vida futura y esperamos la venida de Cristo en constante atención amorosa a Dios y a los demás. Ciertamente “la representación de este mundo se termina” y el celibato es el estado en el que vamos a vivir todos definitivamente, es una manera de mirar más allá, de darle trascendencia a la propia existencia: “*Todo se pasa, Dios no se muda*”. Hemos sido creados para la eternidad, que no es otra cosa sino el Amor en plenitud.

II. Perspectiva teológica

1. ¿Cuál de las tres visiones teológicas de la castidad consagrada predomina entre nosotras? ¿Por qué?

Teniendo en cuenta que en nuestras comunidades hay hermanas de todas las edades, lo cual es una riqueza, existen las tres visiones. En la práctica aún quedan vestigios de actitudes y expresiones que responden a una mentalidad preconciiliar, que adolece de dualismo y moralismo, que presenta de una forma reduccionista el voto de castidad, resaltando el carácter de reserva para Dios.

Gracias a la formación, hemos ido asimilando la doctrina del Concilio y la reflexión posconciiliar, que han supuesto un gran avance y profundización en la comprensión y vivencia de la castidad consagrada.

Somos conscientes de que en nuestras comunidades tiene un peso muy fuerte la visión conciliar, desde la que se entiende la castidad como un bien para la persona, prenda y señal de los bienes eternos, un don que posibilita una entrega total, como testimonio del Amor de Cristo a su Iglesia.

Esta visión ha puesto un punto de arranque en el nuevo planteamiento sobre la castidad consagrada, ha animado al estudio de todos los aspectos que abarca y ha sido la base de todo el desarrollo posterior.

En muchos casos se da una simbiosis entre la visión conciliar y la posconciiliar, considerando la castidad como un don de Dios que nos abre al servicio de los demás. Abarca la realidad de la persona en su totalidad, porque es un camino de maduración, un proceso vivido día a día, en seguimiento de Cristo virgen, en entrega total a Dios y a los hombres. En este camino se van integrando todas nuestras realidades personales, se van transformando todas nuestras fuerzas afectivas, sin menospreciar ni ignorar la fuerza vital de la sexualidad.

Nos identificamos con una visión de la castidad centrada en Cristo y que es vocación al amor libre y liberador, fiel y constante, sin dominios ni exclusivismos, sino que es fuente de fecundidad, que nos ayuda a profundizar en nuestro ser de mujeres. Esta visión se asemeja más a lo que vivimos y experimentamos en nuestro carisma teresiano-sanjuanista.

Tratamos de poner un marcado acento en la capacidad para comprometernos en la misión, abriendo el corazón para vivir la fraternidad, no sólo dentro de la comunidad, sino también hacia fuera: todas las personas que se acercan por un motivo u otro a nuestro monasterio. También hacia los hermanos más lejanos, compartiendo con ellos los bienes materiales y espirituales.

2. ¿Qué aspectos de la visión posconciiliar consideras más urgentes y necesarios para tu vida consagrada contemplativa?

Creemos que todos los aspectos son necesarios e interdependientes unos de otros.

Partimos de la base de que la castidad consagrada es un don que da el Espíritu para el servicio de la Iglesia y del mundo, y Él es quien suscita el deseo de una respuesta plena y radical para vivir en constante ejercicio de amor.

A. Cristológico - trinitario

Como fundamento de nuestra vida cristiana y propia de nuestro carisma Teresiano-Sanjuanista.

Cada vez es más necesario vivir y expresar que hemos sido seducidas por Cristo, que nuestra vida consiste en seguirle, contemplarle, escucharle y en procurar hacer de nuestra existencia la suya, que es Él el que se nos ha dado y al que queremos dar nuestra vida. No elegimos un modo de vida, elegimos una Persona, elegimos unir nuestra vida a Él por puro amor, porque antes nos hemos sentido elegidas, amadas e invitadas a ese *“trato de amistad con quien sabemos nos ama”* y a colaborar con Él en su misión. Queremos responder a este amor que nos llama y nos hace más personas, más felices.

Este aspecto de amor a Cristo y de entrega a Él nos introduce en ese amor infinito que une a las Tres

personas divinas. Es el Espíritu el que nos empuja a seguir a Cristo y poner nuestra vida junto con la suya en absoluta disponibilidad al Padre. Participando de este amor nos hacemos iconos de este Dios Trinidad.

B. Eclesiológico-comunitario

Formamos una familia reunida en el nombre del Señor, “*pequeño colegio de Cristo*”, donde “*todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar*”.

Lo primero es ofrecer un testimonio del Amor de Dios hacia nosotras y hacia los demás, para manifestar que lo que nos une es el Amor.

En nuestra vida contemplativa y según el pensamiento de nuestra Santa Madre, vemos la importancia que tiene la fraternidad: “*si entendierais lo que importa este amor de unas con otras, no traeríais otro estudio*”. Esta fraternidad hace presente al Señor en medio de nosotras y lo manifiesta como el Dios-Amor. No existe amor a Dios y entrega a Cristo si no se realiza en el amor y entrega a los hermanos más próximos. Un amor generoso, que no pasa nunca, que madura y ayuda a crecer como persona.

Nuestro estilo de hermandad y recreación es testimonio de que Dios hace hermanas y hermanos. Su amor se derrama en nosotros y nos ensancha el corazón. Queremos hacer realidad la fraternidad como medio para mantener un equilibrio afectivo, viviendo a cada hermana como un don y una gracia de quien nos juntó aquí, para manifestar, en un mundo donde prima el individualismo, que es posible vivir este amor porque Cristo es nuestro lazo de unión: “*mirad cómo se aman*”.

No podemos olvidar el aspecto escatológico, como testimonio e imagen en el mundo de aquello a lo que tiende la Iglesia, que nos convierte en anuncio del Reino futuro. De esta forma, manifestamos nuestro gozo al hombre y a la mujer de hoy, que han perdido, en muchos casos, la alegría.

3. ¿Qué conclusiones prácticas sacas de las líneas doctrinales sobre la castidad consagrada que se han ido elaborando a partir del Vaticano II?

Las conclusiones prácticas que podemos extraer a partir del Vaticano II son:

- Tomar conciencia del don recibido gratuitamente, valorarlo, cuidarlo y vivirlo en acción de gracias, con alegría y con un mayor deseo de generosidad y entrega a nuestras hermanas, para hacer realidad las palabras que pronunciamos en nuestra consagración al Señor: “*me entrego de todo corazón a esta familia*”.
- La castidad nos introduce en la dinámica de la Trinidad.
- Trabajar personal y comunitariamente para ahondar cada día más en nuestra identidad como consagradas, que busque y cultive más la pertenencia a Dios, la unión con Él. Más allá de formas y estructuras, que puedan cambiar según los tiempos y necesidades, tenemos que vivir “*asidas a sólo Él*”, en una relación amorosa que polarice y ordene nuestras relaciones.
- Vivir la castidad como vocación al amor, a un amor apasionado a Jesús, que nos ensancha el corazón y lo hace más libre para amar a toda la humanidad, dándonos sin medida, sin esperar nada.
- Es muy importante vivir sanamente la castidad, que abarca todo el ser de la persona y sus máximas aspiraciones de amar y ser amada. Para esto es necesaria una buena educación de la afectividad y sexualidad, que ayude a encauzarla debidamente para que se desarrolle al máximo, sin estrecheces ni desparramamientos. Con el objetivo de alcanzar la madurez, la capacidad de vivir amorosamente centradas en Dios y entregadas a Él en las hermanas.
- Por la castidad vivida en profundidad adquirimos la capacidad de amar y de relacionarnos de manera sencilla y verdadera. Se va creando y dando un progreso en la amistad y en la vida de comunión, construyendo desde el perdón de unas con otras, fortaleciendo las relaciones interpersonales desde la acogida, la ternura, la atención amorosa. La castidad será auténtica cuando se convierta en fuente de vida y de fraternidad, será el mejor signo de un corazón libre para amar y transmitir el amor que recibe de Dios.
- Es muy necesario propiciar en la comunidad relaciones fraternas que nos hagan crecer en el amor, en la verdad, que nos hacen madurar integrando las diferencias. Como medio, cultivar el diálogo, que nos abre a las hermanas, compartiendo nuestra realidad sencillamente.

- La castidad es un camino de maduración humana, de realización personal, fuente de paz y de alegría, un camino que hay que hacer cada día y que requiere un aprendizaje para llegar a amar como Dios nos ama. Es un don y una tarea, es el esfuerzo continuo por crear nuevos tipos de relaciones desde la fe. En un mundo dividido por los odios y desigualdades, las comunidades religiosas tenemos la misión de “*ser expertos en comunión*”.
- Empeño por ser una comunidad que viva el amor, abierta a todo el mundo, sensible a todas las necesidades de los que nos rodean, misericordiosa como el corazón de Dios. Este amor recibido y cultivado hay que irradiarlo hacia fuera más con nuestra vida que con nuestras palabras, para manifestar a Cristo entre nosotras. Así hará visible y creíble el Reino, donde todos seamos hermanos.

III. Perspectiva histórica

1. ¿Qué conclusiones sacas al constatar la evolución doctrinal sobre la castidad consagrada?

Conocer la historia ayuda a tener una comprensión más clara y a relativizar aspectos que no son fundamentales, porque manteniéndose fiel a la esencia y razón de la castidad, que es Jesucristo y su vida, en cada época se ha acentuado una cosa.

A. Bajo el punto de vista objetivo

Vemos que, a lo largo de la historia, la Iglesia ha ido avanzando en la comprensión de la castidad consagrada a través de sucesivos enfoques que muestran de manera más o menos lograda distintos aspectos de la misma. Se ha hablado de la virginidad como de vida **angélica**, se insiste en su dimensión **escatológica**, se la ha comparado al **martirio**, o a una **batalla** contra las fuerzas del mal, **disposición** para la **contemplación**, **matrimonio** con Cristo. Y pronto la Consagración de Vírgenes y la vida monástica evidencian su dimensión **eclesiológico-comunitaria**.

La influencia del dualismo griego, que oponía alma a cuerpo y materia a espíritu, impidió durante muchos siglos hacer una valoración positiva de la sexualidad, entendida muy reductivamente. Ello explica una exaltación de la virginidad a expensas del matrimonio. La primera era vista como el “estado de perfección” y el segundo como un remedio de la concupiscencia. Nunca se la consideró, con todo, como un valor en sí misma: ya san Bernardo advierte que lo que le da valor es la humildad con que se vive; y santo Tomás coloca por encima de ella el martirio, la fe, esperanza, el amor y la virtud de la religión.

Del estudio realizado se deduce que la vivencia, reflexión y profundización sobre la castidad ha sido influenciada por los distintos enfoques teológicos y culturales. La castidad como un seguimiento de Jesús ha sido una semilla sembrada por Él, que la sabiduría de la Iglesia por medio de los concilios y la reflexión teológica ha ido desarrollando, impulsada por la fuerza del Espíritu.

Hay un hilo conductor, el deseo de un seguimiento total a Cristo, que pasa por momentos de exaltación de la castidad y por otros, en tiempos más recientes, de exaltación del matrimonio, considerando que es inhumana cualquier forma de celibato. Es la “Familiaris Consortio” la que pone las cosas en su lugar. El matrimonio y la virginidad son dos modos de tomar posición ante la sexualidad (entendida en sentido amplio). Dos maneras de vivir el único misterio de la alianza de Dios con su pueblo. Dos amores que tienen la misma dimensión sponsal expresada en el don de sí mismo. Complementarios en los tres campos de **fidelidad, fecundidad y amor**.

Ha sido enriquecida doctrinalmente después del Concilio Vaticano II. Sobre todo se ha destacado su sentido de don-gratuidad. Ha incorporado una visión más positiva de la sexualidad humana, del matrimonio y, al hablar de la vocación universal a la santidad, coloca en un plano de igualdad las diversas vocaciones y carismas, eliminando así la superioridad otorgada a las vocaciones célibes.

La castidad vivida como don favorece la libertad para entregarse a Dios y al prójimo. Los que vivimos la castidad consagrada somos los que tenemos que hacer creíble con la vida que es verdad que el amor es lo nuestro.

Vemos también la necesidad de profundizar en la complementariedad dentro también de la vida religiosa.

B. Bajo el punto de vista vivencial

Vemos que Dios nos va llevando pedagógicamente a través de toda la vida “*Dios se hace al paso del alma*” guiándonos con su Espíritu hacia la verdad; por eso pensamos que estamos en el mejor momento

histórico real para entenderla positivamente, de un modo más evangélico.

La virginidad corporal sola no tiene el valor que en otros momentos se le ha dado si no va unida a la virginidad del corazón y si no es comprendida como una apertura total a Dios. Nos vamos “virginizando” conforme vivimos más profundamente ese amor que es apertura y entrega.

Nos alegra vivir hoy, con canales institucionales, la castidad consagrada. No sabemos adónde llegará la reflexión de la Iglesia acerca de la misma. Esta reflexión puede ganar aún en comprensión y en una mejor formulación.

C. Bajo el punto de vista reflexivo

Todo cambia y seguirá cambiando, no en esencia, pero sí en matices importantes y en valoraciones. Esto lleva a relativizar caminos y a cimentar bien nuestro sentido personal. Vamos a analizar esta proposición:

Todo cambia.

La Iglesia hace camino, debemos estar abiertos a las nuevas interpretaciones que sigue haciendo.

Nos sobrecoge una inefable sensación de grandiosidad divina al constatar como el Señor va conduciendo progresivamente la historia del hombre sin forzar sus condicionamientos culturales, morales y religiosos. Esto nos sugiere una respetuosa toma de conciencia para valorar el celibato.

Y seguirá cambiando

Este recorrido creciente a la perfección del Amor nos pide un gran espíritu de asimilación y maduración. La evolución nos anima a un compromiso libre y amoroso, a un cambio progresivo, a una sensibilidad femenina que enriquece la personalidad.

No en esencia

La castidad pertenece al núcleo de la vida religiosa por el hecho de haber estado siempre presente. Desde los primeros siglos del cristianismo hasta nuestros días es motivada por la atracción que Cristo ejerce sobre mujeres y hombres, seducidos por su persona, su amor incondicional, su entrega total hasta morir por nosotros.

Pero sí en matices muy importantes

La teología actual enriquece con muchos aportes la vivencia consciente de la castidad. Frente a nuevos retos en el campo antropológico, sociológico, psicológico y teológico, el magisterio de la Iglesia, a partir de la segunda mitad del siglo pasado ha procurado expresar la doctrina tradicional con un lenguaje más comprensible.

Y en valoraciones

Como hemos visto con relación al matrimonio

Esto nos lleva a relativizar caminos

La evolución ha llevado a una mayor libertad en la elección de estado y dentro de cada estado. La virginidad misma ha tenido diversas formas de vivirse. Desde vivirla en las propias familias, como la primera forma de consagración, hasta la profesión de los tres votos en congregaciones y las mil formas actuales, institutos seculares, etc.

Y a cimentar bien nuestro camino personal

Como consagradas es necesaria una formación adecuada para una sana valoración y serenidad en la confrontación de la propia sexualidad, para saber enfocarla bien. Es un don del Espíritu Santo, que lleva

a la realización plena de la persona consagrada.

2. ¿Qué aspectos doctrinales consideras más actuales para vivir y presentar los valores de la castidad consagrada?

A. Liberación

Nos hace más libres y disponibles para una entrega incondicional a Dios y al prójimo, y nos exige fidelidad a Cristo Esposo. La castidad, por su experiencia de Cristo y su entrega a los demás es un camino de madurez que favorece la libertad de donación y la integración de todas las fuerzas humanas de amor, el desarrollo de personalidades unificadas efectivamente.

B. Don

Siendo conscientes de que es un don de la gracia (gratuidad) que dispone a la persona para vivir el amor de Dios preferencialmente, daremos un testimonio humilde no sintiéndonos superiores a los demás, y de caridad siendo nosotras mismas don para los que nos necesiten, haciendo nuestras las alegrías y tristezas de la humanidad.

C. Testimonio

El testimonio del valor absoluto de Dios, su capacidad de llenar una vida entregada a Él, y su Paternidad universal que concede a todos los hombres la misma dignidad de “hijos en el Hijo”. La castidad consagrada está al servicio del Reino.

D. El servicio al Reino de Dios, siguiendo el ejemplo de Jesús

Un seguimiento radical de Cristo virgen a partir de una fuerte experiencia de seducción que abre camino para entregarse más completamente a Dios y al prójimo con amor inmediato, indiviso, gratuito.

E. Presentarla junto al matrimonio

Como camino para vivir la común llamada a la santidad, otra forma de expresar y de vivir el misterio del amor. Dimensión divina de las dos vocaciones. Si nacen de la fidelidad a Cristo, son fuente de fecundidad, ya en la carne, ya en el espíritu. Plan de Dios en la vida de cada persona.

F. Fuerza dinámica

Hay que concebir la castidad como una fuerza dinámica. La tradición monástica considera la Profesión como un anticipo de la Resurrección.

G. Fidelidad a la palabra dada

La fidelidad a la palabra dada, en perfecta sintonía para amar a todos, nace de la grandeza de corazón de nuestro Esposo y también de la virginidad del corazón que profesamos con su ayuda.

H. Fecundidad

El orante que experimenta la fecundidad del Espíritu a semejanza de María, Madre de Dios, guiará muchas almas a Dios y será una luz para el mundo, belleza, dimensión del cielo que adelanta el Reino de Dios.

I. Futuro

Los aspectos actuales hunden sus raíces en el rico pasado, sacando lo nuevo de lo viejo, para ser acogido por las nuevas generaciones.

3. En tu vida carmelitana contemplativa ¿cuál de esos aspectos consideras más atractivo y vital?

A. Amor esponsal a cristo

Todas resaltan el amor esponsal a Cristo, que da sentido a nuestra entrega; siendo fecundas desde la oración, transparentando con nuestro estilo de vida la transcendencia del Dios Amor (“*Tenerle cabe sí*”, “*triste cuando estáis tristes, alegre cuando estáis alegres*”).

Que, seducidas y habitadas por Él, podamos transmitir con nuestra vida este amor, y ser sus testigos. El amor recibido de Él y entregado a todos sin excepción, de modo especial a los más cercanos y a los más necesitados. Amor compartido que no queda encerrado en el ámbito grupal. Abiertas y disponibles a hacer la Voluntad del Padre y así, a ejemplo de Jesús y María, ser fecundas para la construcción del Reino.

Enamoradas de Jesús, viéndole como esposo como amigo, como Padre, como hermano, como razón única de la existencia. Viviendo esta relación en trato de intimidad, donde se purifica el corazón, donde se realiza la transformación, donde, con la ayuda de la gracia, vamos conociéndole y amándolo más.

B. Maternidad

La relación de intimidad esponsal con Cristo da frutos de maduración afectiva, intensidad de vida fraterna, acogida, misteriosa fecundidad espiritual dentro de la Iglesia.

C. Fidelidad de Dios a nosotras

Que colma a su criatura

D. Entrega

Jesús fascina, subyuga...nos lleva a entregarle el corazón en totalidad. Entrega total de la existencia, de todas las capacidades. Pero con una virginidad madura que no se cierra sobre sí:

“Acuérdate, Señor, que tu rocío fecundo,
virginizando el cáliz de las flores,
capaces las volvió ya en esta vida,
de engendrar multitud de corazones
(Stª Teresita, Poesía “Acuérdate”).

E. Gozo

El gozo de la vivencia de la virginidad consagrada que plenifica la personalidad humana y cristiana del consagrado, que vive su entrega como don de la gracia, atraído por la fuerza irresistible de Dios.

F. Equilibrio y Madurez

Teresa ideó una unión entre amor a Cristo y amor a las hermanas donde crecen juntas la madurez humana y espiritual en desarrollo pleno y sano de la propia afectividad.

G. Como María

Desde una Orden de marcada espiritualidad mariana, aparece la figura y el ejemplo de María como una referencia para vivir nuestra castidad. Hijas y hermanas tuyas, recibir con disponibilidad las mociones del Espíritu Santo.

IV. Perspectiva carmelitana

1. ¿Cómo enriquece tu vivencia del voto de castidad la perspectiva carmelitano-teresiana?

Nuestros Santos Padres, Teresa y Juan, son guías y maestros en educar el corazón para capacitarlo en recibir el don del amor con que nos ama Dios y nos hace fecundos en la entrega generosa a todos, desde la centralidad del amor verdadero, libre de egoísmos, pero también de falsos espiritualismos.

Su doctrina es de un valor extraordinario en el vivir día a día la castidad en desasimiento y amor universal, en armonía comunitaria y amor fraterno. La amistad teresiana, aunque sea personal, va encaminada a amar más a Dios y a los demás con humildad, y como María la Virgen fiel, modelo de consagración virginal. Desde las dimensiones señaladas por ellos con la sabiduría de quien ha experimentado el amor y ofrece su experiencia de proceso personal como camino válido, encontramos nos enriquece:

A. Con un fuerte acento esponsal cristocéntrico

A la luz del testimonio y la doctrina de nuestros santos Padres, somos atraídas a centrar toda nuestra capacidad de amar en Cristo. Seducidas por la Belleza, Bondad, Humildad, Dulzura de su Humanidad y asidas siempre a ella, somos llamadas a vivir y tratar con Él como con Amigo, Hermano, Señor, Esposo, que ha dado la vida por todos y de quien procede todo bien. Unidas a su persona divina somos hechos hijos de Dios, que se ha hecho hombre en Cristo y en los hermanos.

La Santa Madre Teresa de Jesús experimentó cómo Cristo fue poco a poco focalizando en Él su corazón, y por eso nos ha transmitido su propia vivencia mostrándonos a Cristo Amigo, Hermano, Esposo y Amado. Amor esponsal que ayuda a encauzar nuestra afectividad femenina hacia Cristo Jesús, el Dios hecho hombre, el hombre Dios, que se hace relación en un Tú vivo y presente que nos acompaña en nuestro vivir. Ella presenta a Cristo como “*Amigo verdadero*” que nos amó primero, que provoca una respuesta creciente con el trato de oración, y que culmina en la “*unión tan soberana de espíritu con espíritu*”, el matrimonio espiritual (7 Moradas, 4).

La Santa nos enseña a mirar a Jesús, a poner los ojos en Él para aprenderlo todo de Él, a enamorarnos de su Humanidad, a tratar de amistad con Él, “*de quien nos viene todo bien*”, a crecer en el amor, un amor que nos transforma, nos va haciendo igual al capitán del Amor, Jesús. Con ello nos vamos enriqueciendo y capacitando para amar más y mejor, nos libera de todo aquello que estorba para llegar a la íntima unión con Dios, y, al mismo tiempo, nos dispone para poder entregarnos generosamente al servicio del Reino, para amar en Él y desde Él a todos los hombres. Este amor llena la capacidad y necesidad de amor que tiene todo ser humano, nos hace vivir con un corazón ensanchado, libre, limpio, que nos dispone a nuestra vida de oración y contemplación, y nos ayuda a ver las cosas con los ojos de Dios y hace nuestra vida más fecunda y más plena.

B. Dimensión teologal. Experiencia trinitaria

El amor esponsal es como un paso que nos conduce a la gran experiencia trinitaria y traducida en un amor concreto y alegre, en una oración viva. Amor teologal que lleva a la contemplación en entrega total, y en la libertad de quien parte con la experiencia fundante de haberse sentido amada primero y que se abre a dimensiones profundas en soledad y en fraternidad. Fraternidad universal que se traduce en nosotras en intensidad de vida comunitaria, de amor a la Iglesia y celo por la salvación de todos los hombres.

Las virtudes teologales guían en este camino de seguimiento en amor exclusivo a Dios, un Dios que sale al encuentro del hombre, lo purifica, ennoblece y embellece con sus dones y virtudes. El hombre, por su parte, con el amor ya purificado, sale al encuentro del Amado sobre todas las cosas hasta llegar a la transformación plena, “*libre y apegada a solo Él*”, disponiéndonos con ella para la contemplación de las cosas divinas, pues, el “*ya limpio de corazón en todas las cosas halla noticia de Dios gozosa y gustosa, casta, pura, espiritual, alegre y amorosa*” (3 Subida 26, 6).

C. Al amor por medio de una exigente y sólida ascesis teologal

Toda la doctrina de los Santos Padres no va encaminada a otro fin que el del amor. Con distintos mensajes: sea la ascesis de negación, de desasimiento o bien de estímulo, de entrenamiento, nos ayudan a liberar el corazón para que, indiviso, sea capaz de amar con todas las fuerzas a Dios y al prójimo. Es decir, para ejercitarnos en lo que debe ser la castidad consagrada: mayor capacidad de amar.

Cuando Teresa experimenta el Amor se libera su afectividad: en Él ha encontrado todo lo que desea su corazón de mujer, se distancia de frivolidades y emprende el camino del “Amor puro espiritual” que, al mismo tiempo, es tan humano en la Santa Madre y tan profundo en el Santo Padre. La unión con Cristo y tener sus sentimientos nos abre a los demás y, de alguna manera, hace llegar a todos el Amor de Dios. La castidad vivida como un enamoramiento de Cristo-Hombre, tiene un carácter teologal y liberador. Nos libera de nosotras mismas, de todo egoísmo y nos abre a un amor universal. La Santa Madre cuando habla del “*amor puro espiritual*” entre las hermanas de comunidad, muestra que hay que practicarlo con obras, no sólo con sentimientos.

Juan de la Cruz comienza su Cántico Espiritual afirmando que “*si el hombre busca a Dios mucho más lo busca Dios a él*”. Ésta es la verdadera experiencia transformante: descubrir cuánto nos ama Dios y que somos invitados por Él a compartir este amor. Pero este descubrimiento, que nos impulsa a salir de nosotros nos adentra en un camino de purificación para hacer nuestro corazón conforme al suyo. La caridad va purificando nuestra voluntad de todo afecto egoísta, aprendiendo a amar a todos no por los bienes naturales aparentes, que son engañosos, sino racional y espiritualmente, como Dios quiere que sean amados... por la virtud que hay en ellos. “*Entonces cuanto más crece este amor más crece el de Dios y cuánto más el de Dios, tanto más éste del prójimo; porque de lo que es en Dios es una misma razón y una misma la causa.*” (3S 23,1)

D. Fecundidad apostólica

Nacida del amor a Cristo Esposo, la fecundidad en la Iglesia dilata más y más el corazón abriendo capacidades y horizontes universales e insospechados a la Iglesia y a toda la humanidad.

2. ¿Qué otros aspectos descubres, a la luz de la experiencia, en la forma de vivir la castidad consagrada a la luz del carisma y la espiritualidad del Carmelo?

A. Vida fraterna

La vivencia más profunda de la fraternidad, como comunidad convocada por Dios en la búsqueda del ideal de la unión con Dios por amor, un amor desinteresado, verdadero, ya que “*si no es nacido de raíz de amor de Dios, no llegaremos a tener con perfección el amor del prójimo*”. Sencillez y alegría fraterna que libera. “*Aquí todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar...*”

Esta escuela de educación del ser para el amor es fundamentalmente la comunidad. Nuestras comunidades pequeñas y estables, concebidas por la Santa como verdaderas familias, fomentan las relaciones interpersonales intensas, sin fisuras. No hay mucho espacio para la evasión. Nuestra vida fraterna exige una madurez afectiva grande, capaz de vivir con sobriedad las relaciones más gratificantes e integrar en el afecto las que nos resultan difíciles según vibraciones humanas o espirituales. La vida fraterna misma es una ascesis que purifica el corazón y lo prepara para la universalidad, ensancha nuestra afectividad. La Santa al hablar a sus hermanas sobre oración indica la convivencia como el medio de aprender a ser orantes.

Las relaciones fraternas vividas en clave de amistad, al igual que la de Cristo, el Amigo y Compañero, son fuente de alegría y equilibrio psicológico.

Acisolamiento de relaciones al ser grupo pequeño, pequeño Colegio de Cristo. El equilibrio que deseaba la Santa ante vida de soledad y comunicación fraterna también configura nuestras relaciones. Silencio y soledad contemplativas para una convivencia fraterna más desde la hondura.

B. Amor a la Iglesia

Nuestros santos Padres nos han enseñado a vivir en indisoluble unidad el amor humano y el divino y nos inculcan a su manera el acendrado amor a la Iglesia que ellos sentían. Sobre esta base, actualmente la doctrina del Cuerpo Místico explicada por Pío XII y un mayor desarrollo de la teología sobre la Iglesia a partir del Vaticano II nos facilitan vivir con naturalidad y sencillez nuestra castidad consagrada como un

don de Dios a todo el Cuerpo de Cristo, como una manera de significar la unión de Cristo con la Iglesia complementaria al matrimonio cristiano y como la realización de esta unión en cada una de nosotras.

C. Maternidad espiritual. Fecundidad apostólica

Lo vemos en nuestra Santa Madre, ya que gracias a su unión con Cristo pudo dar vida a sus hijas y a todos los que se acercaban a ella. Su entrega fue total y por eso engendró vida. Además con su ejemplo nos enseña a orientar nuestro amor materno-espiritual hacia las almas, la Iglesia, los demás. Éste es un aspecto muy importante para nosotras como mujeres llamadas a dar vida. Sabernos madres de todos ensancha los horizontes y da fuerza para la entrega cotidiana.

Somos conscientes de nuestro puesto en la Iglesia como miembros activos, no siempre visible, pero no por eso menos eficaz. La maternidad y fecundidad espiritual, donación y entrega oblativa, es fruto de esa unión con Cristo Esposo. Dimensión apostólica universal a través de nuestra vida de oración, que nos hace profundizar en el valor de cualquier sacrificio o cruz que se nos presenta, uniéndonos a la obra redentora de Jesús. Ser testimonio de amor entre los hombres, viviendo con alegría, paz, felicidad, satisfacción, etc, que nacen sólo del trato íntimo amoroso y directo con Jesús.

En el Carmelo, nuestro modelo e ideal de consagración a Cristo es María, a la que acogemos como madre y maestra espiritual.

D. Humanismo cristiano

- Humanismo teresiano, detalles humanos, y al mismo tiempo radicalidad: “*solo Dios basta*”. La validez de las “*simplezas*” de que habla la Santa a la hora de reavivar el fuego del amor a Cristo y a los demás en la vida cotidiana..., todo lo que lleva a procurar lo que más ayuda y despierta a amar, diferente en cada una.
- La suavidad del amor que va dejando atrás la vehemencia y la sensibilidad.
- Ensanchamiento de la capacidad de amar desde la que acogemos a toda la humanidad, sobre todo la parte más vulnerable y herida.
- Llamada al abandono del individualismo, egoísmo y exclusivismo, a vivir un amor sin prejuicios, puro y desinteresado, al descubrir la fidelidad de Dios que es el Tú que te ama, busca y plenifica a la vez que purifica y crucifica.
- La fidelidad al don recibido conlleva la ascesis que puede ayudar a vivir en una madurez afectiva y psicológica en las relaciones interpersonales, desde la confianza mutua que enriquece y fortalece la entrega.
- La castidad vivida nos da libertad y disponibilidad, nos hace tener un amor desinteresado y entregado para dar nuestro tiempo y nuestro trabajo.
- El ambiente facilita el desprendimiento mediante la soledad y el silencio, que prepara a la contemplación del amor que Dios nos tiene.
- Equilibrio en nuestra vida: oración, trabajo, fraternidad.
- Madurez: ni la independencia personal ni el sexo realizan tanto a la persona como la acogida del don de Dios en celibato. Dios lo único que quiere es engrandecer al alma, de Él ha de venirnos la perfección y la madurez. Dejando “sucedáneos frustrantes”, el afecto que madura en el encuentro con Dios alcanza una universalidad que no puede vivir quien tenga el corazón dividido entre Dios y otra persona. Él invade todas las dimensiones de la persona si ella se deja madurar en la caridad y coopera con la ascesis y la escucha. La caridad es la energía primordial y criterio máximo de madurez humana.

Nuestros Santos Padres enseñan que toda la riqueza humana que Dios nos ha dado no debemos anularla sino orientarla a Él. Nuestros afectos a Dios y a los hermanos, todas nuestras pasiones, potencias, etc, todo nuestro ser orientado a Dios, así seremos mujeres realmente maduras, íntegras y equilibradas, ¡plenas!

- Unificación

de la vida. Cristo-Hombre es el único capaz de dar unidad a nuestro ser. La opción por Él nos hace superar conflictos y polariza nuestras relaciones con los demás, enfocándolo todo desde Él y hacia Él. Nuestro amor es personal y humano, “no somos ángeles”, sino tenemos cuerpo (cfr. V 22), no olvidar que amamos a un Cristo-Hombre y que la santidad es humana. Nuestro voto de castidad es amor y entrega a Cristo- Hombre crucificado.

- Progresivo conocimiento propio, tan querido por la Santa, que nos ejercita en la humilde serenidad de esperarlo todo del que nos conoce bien y nos capacita para la comprensión y acogida de los demás. La oración contemplativa, viendo los acontecimientos a la luz de Cristo, que nos lleva a un conocimiento propio de purificación, a la limpieza de corazón.
- Optimismo equilibrado, porque sabemos que la fuerza de la entrega por amor es más fuerte que toda otra fuerza negativa del hombre.
- Pluralidad y flexibilidad. Constatamos como una riqueza el hecho de tener en nuestros santos padres dos modelos diversos. Además de por complementariedad sexual, por lo distintos que ambos manifiestan ser en su modo de vivir la amistad y la relación. Creemos que esto nos muestra la pluralidad en las formas según constitución psicológica y evolución. Y nos educa en la flexibilidad.
- También nos favorece tener en la familia hermanos. Es decir, comprender nuestra familia formada por hombres y mujeres unidos en un carisma y empeñados en una misma misión, aunque nuestra labor se desarrolle en cauces diferentes. Compartimos una vocación común. Necesitamos esta mutua referencia entre ellos y nosotras.

E. Otros aspectos espirituales

- La belleza de la Humanidad de Cristo y su presencia salvífica entre nosotros.
- Sencillez y naturalidad, el gozo y la paz que da el Espíritu del Señor al actuar en nuestro corazón más allá de nuestras expectativas, liberándolo y sanándolo.
- Ámbitos de soledad profunda que lleva a experimentar, más allá del amar y sentirse amado, que sólo Dios basta.
- Vivencia de la castidad humildemente, en formación constante y en amor de unas con otras, sabiendo que todo es gracia, y como don gratuito que se nos da a pesar de nuestra fragilidad humana y falta de fidelidad.
- La certeza de la inquebrantable fidelidad de Dios, que nuestra Santa Madre expresa en sus escritos continuamente: “*Bendito sea quien tanto me esperó*”.
- El conocimiento de la gratuidad de Dios, que nos revela nuestra pobreza y pequeñez y nos afianza en una filial y profunda esperanza y gratitud.
- La experiencia de libertad, como fruto de nuestra libre opción por Dios y de nuestra plena realización humana y espiritual.
- Aspecto sacrificial. Amar como Dios nos ama, gratuita y puramente. “*Mirad al Crucificado*” y lo demás se os dará por añadidura. La ascesis en los Santos Padres es, sobre todo, teologal. Intensificar el amor de Dios y purificar el del prójimo.
- Vida de Amor: en el Carmelo todo se vuelve amor, entregar el corazón humano, real, para que Cristo viva y actúe en nosotras, así será posible vencer el egoísmo y amar a los hermanos distintos.
- Disponibilidad para recibir como una gracia las pruebas que purifican el amor y llevan al alma desprendimiento y a la humildad.
- El clima ideal para la vida de oración en soledad.

3. ¿Qué enseñanzas de otros santos del Carmelo, además de nuestros Santos Padre enriquecen el sentido y los alcances de nuestra castidad consagrada?

Vemos que los santos del Carmelo expresaron en su doctrina muchos aspectos que el Concilio puso de relieve. Se adelantaron a su tiempo y nos dejaron, además de su doctrina, un estímulo y el testimonio de sus vidas.

En todos ellos vemos cómo la vivencia de la castidad consagrada ha realizado en sus vidas una apertura hacia todo el mundo, con los ojos puestos en Él, viviendo en la sencillez, humanismo, alegría. Todos nuestros santos son maestros en el arte del amor y así pueden cada uno ayudar nuestro esfuerzo e iluminamos en este camino.

No queremos dejar de mencionar en primer lugar a san José. En el Carmelo hemos aprendido a amarle y a mirar su vida y su custodia de Jesús y María en el misterio de la Encarnación de Cristo.

A. Santa Teresa del Niño Jesús

Con su psicología y fuerte arraigo evangélico desciende a muchos detalles de gran fineza espiritual que dan mucha luz.

Teresita vivió con fuertes represiones y es modelo por ello para todos, porque gustó la experiencia de vivir liberada y ensanchada hasta abarcar el universo. Su sed de amor la plenificó e hizo de ella modelo de entrega generosa al amor. Su vocación de esposa, carmelita y madre es la síntesis de todos sus anhelos que abarcaron la realidad entera de la misión en la Iglesia. Se siente unida en el corazón de Jesús porque se sabe amada personalmente y se atreve a creer que hasta esa hondura llega el amor de Dios.

Ha ejercido un fuerte influjo entre nosotras. En ella todo es sencillo y a la vez grandioso. Como el haberse entregado desde niña al amor, personificado en Jesús, hasta poder afirmar que “Jesús es su único amor”. La virginidad es su “inefable tesoro”, un don recibido de Jesús, fruto de su sangre, custodiado celosamente por amor a Él. Abarca toda la persona, virginidad del cuerpo y del corazón. La primera no tiene ningún valor sin la segunda, que es amor puro, sin particiones a Jesús Esposo, amado por Él mismo, sin buscar la propia complacencia. Está esencialmente unida a la humildad, sin la cual puede convertirse en el peor orgullo espiritual. El amor de Jesús tiene el poder de virginizar todos los corazones que se entregan a Él. En su corazón de mujer late el amor esponsal: *“pienso que el corazón de mi Esposo es sólo para mí, como el mío es sólo para Él”* (Cta.122). Desde su experiencia de Dios como Amor Misericordioso, nos enseña a amarlo dejándonos amar y que desborde en nosotras las olas de ternura infinita encerradas en su corazón. Ante nuestra propia debilidad, nos enseña que nuestra respuesta debe ser la confianza ciega en su amor, el abandono, aceptar ser pobre y esperar todo de Él.

Se expresa en formas de pureza de intención y de la vivencia de lo que supone la caridad fraterna como un amor de entrega desinteresada a la hermana que es manifestación de amor a Dios. El amor a Jesús incluye y se expresa en el amor al prójimo. En el Carmelo esto se practica más en concreto amando a las hermanas con un amor que se va asemejando al amor benévolo y misericordioso de Jesús a sus discípulos: buscando complacerlas, sacrificándose cada una por el bien de las demás, soportando sus defectos y edificándose de sus menores actos de virtud, poniendo alegría en las recreaciones... Esto pide desasirse de sí misma y dejar que Jesús ame en nosotras. *“Amándole a Él se ha agrandado mi corazón”* *“Cuanto más unida estoy a Él, más amo a mis hermanas”* (Ms C 13 r). La caridad amable como un banquete para mis hermanas. El amor en lo cotidiano, en las pequeñas cosas de cada día.

Amor apasionado a Jesús y a la Iglesia: “Por la unión con Jesús ser madre de las almas”. Desde su infancia estuvo movida por su gran deseo de agradar a Jesús con un amor exclusivo y confiado. En los avatares cotidianos desde la fe y el amor a Dios, en actitud de confianza filial a prueba de todo, que se concreta en la sencillez y ternura con que se relaciona tanto con Dios (Jesús) como con las hermanas. Sobre todo demostraba la madurez de su amor, verdaderamente cristiano, amando a las más difíciles para responder al deseo de Jesús : *“Si amáis a los que os aman qué mérito tenéis”*.

Toda su fuerza está motivada por su amor a Dios y el agradecerle. Ser virgen en el Carmelo es ser esposa de Jesús, *“vivir con Él un intercambio de amor”* y, en comunión con su misterio redentor, ser madre de las almas, atrayéndolas a Jesús por medio del eficaz apostolado del Amor. Amar a Jesús y hacerle amar. Ser Amor en el Corazón de la Iglesia, nuestra Madre. La vivencia del voto de castidad la lleva a sentirse madre, una maternidad espiritual, fruto de su unión con Jesús: *“Ser tu esposa, oh Jesús, ser por mi unión contigo, madre de las almas”*.

B. Beata Isabel de la Trinidad

Pronto el voto de virginidad perpetua y siente la llamada interior al Carmelo.

Primero es su prometido/esposo (cuando es postulante) a quien ama con locura. Ella da lo que tiene y Él le brinda todos los tesoros divinos.

Su ideal y su nombre: Alabanza de gloria. *“La vida de la carmelita, como la del sacerdote, es un adviento que prepara la Encarnación en las almas”* Construye en su alma una morada y un refugio para su Esposo donde olvide cuanto le ofenden: *“Nosotras, como esposas, debemos identificarnos con Él”*.

Adoradora auténtica en espíritu y verdad del Misterio de la Inhabitación de Dios morando en el centro del alma. Se siente amada y eso le impulsa a amar a los demás. Dilata la capacidad de amar: le ha dado Él *“una capacidad tan grande para amar”*. Ama el sufrimiento porque le asemeja a su amado esposo. Quería compartir sus vivencias con sus amigas, su familia, quería que *“Él sea conocido y amado”*.

Nos enseña a vivir la relación personal con Jesús y con la Trinidad desde lo más profundo de nuestro ser en una vida plenamente consagrada. Destacó la bienaventuranza de los limpios de corazón y hace referencias a la pureza en el amor.

Su escrito sobre “ser esposa de Cristo” es todo un tratado de vida interior y de relación afectiva con Cristo. Lo condensa todo en su Elevación a la Santísima Trinidad en la que tiene unos párrafos dirigidos a Cristo que nos desvelan la hondura de su relación con Él y a la vez la conciencia de la consagración de todo su ser al amor: *“haced de mi alma vuestra morada, el lugar de vuestro reposo; que nunca os deje allí solo sino que esté totalmente despierta en mi fe y entregada totalmente a vuestra acción”...“Oh, Cristo amado, crucificado por amor, quisiera ser una esposa para vuestro corazón, quisiera cubriros de gloria hasta morir de amor”*.

Nuestra hermana nos invita a vivir la dimensión sponsal de la castidad consagrada como *“realidad divina, la expresión de todo un misterio de semejanza y de unión”* (Nota Íntima 13, 1902). Sintiendo amada gratuitamente por Dios, en diálogo ininterrumpido de corazón a Corazón, dentro del alma, la carmelita es invadida, deificada y consumada por amor en la Unidad de los Tres. Su respuesta de amor es escucha, silencio, docilidad y adoración: *“Déjate amar”*. Ser esposa es una delicadeza hacia Dios, identificarse con el Crucificado por amor, ser una humanidad suplementaria, donde renueve todo su misterio.

C. Santa Teresa Benedicta de la Cruz. Edith Stein

A través de su búsqueda incesante de la verdad, su encuentro personal con Cristo-Amor.

“La virginidad, en su sentido más elevado y último no es algo negativo... es algo extremadamente positivo: unión con Cristo en perpetua comunión de vida. La virginidad tiene que caracterizarse sobre todo en el amor a Cristo...; en la alegría espontánea y radiante que nace de una vida unida con Cristo y por Cristo; en la simple disponibilidad del sacrificio; en la paz íntima...; en la plenitud de la verdad divina...; en el entusiasmo...” (ESW V,179). *“Pero la virginidad no es sólo símbolo e instrumento de la unión Cristo-Iglesia, sino también participación de la unión conyugal con Cristo y de su fecundidad sobrenatural” participación de amor divino...la fecundidad de las vírgenes que siguen al Cordero es que “acogen la vida divina con una gran fortaleza y una entrega indivisa para, en íntima unión con la cabeza humano-divina, transmitirla a otras almas y despertar nuevos miembros para la cabeza”*(Ib. 238-239).

No es renunciar al hombre para abrazarse a Dios, sino que es abrazar a Dios para abrazar a todo hombre. *“Nuestro amor al hombre es la medida de nuestro amor a Dios”, “no sólo la inclinación humana enturbia la pureza de corazón, aún es peor...un demasiado poco amor divino”*.

Como otra Ester, intercede y se inmola por su pueblo Israel, se ve esposa y madre, *“Si ella quiere entrar con Él en la gloria tiene que dejarse clavar ella misma en la cruz”*. Y esto lo sella con su martirio: *“vamos por nuestro pueblo”*. Sólo puede entregarse quien totalmente se ha sentido amada.

“Todavía somos aprendices e inexpertas”. Edith vive la consagración como un misterio que tiene su origen en lo más profundo de Dios. Vive asimismo su proceso de búsqueda de la verdad como búsqueda de Dios. También la entrega y ofrecimiento de su vida que culmina con el martirio. Y su vivencia de la maternidad espiritual como fruto de la unión con Cristo.

Para Edith el voto de castidad es un camino de constante fecundidad espiritual y apostólica. Nos enseña a centrar nuestra atención en Cristo, a unirnos a Él, a entregarnos plenamente, hasta estar dispuestas al sacrificio: *“El que quiera desposar al Cordero tiene que dejarse clavar con Él en la Cruz”*.

D. Santa Teresa Margarita Redi

Modelo de servicio comunitario, centró toda su vida en la vivencia del amor, se sabía del todo consagrada, ofrecida al Amor.

Recibió como carisma “vivir escondida con Cristo en Dios”. Vivió la caridad fraterna hasta el heroísmo, siempre amable, servicial, olvidada de sí por todos; con las ancianas y enfermas de una delicadeza exquisita.

De su pureza dicen los testigos que se respetaba a sí misma como cosa de Dios. Esto le hacía llevar su ropa muy limpia, lo mismo su celda; a las hermanas les decía que olían a Cristo cuando comulgaban. Con un beso en la mejilla le quitó a una hermana un fuerte dolor de muelas. Derramaba amor de Dios, a Dios y al prójimo.

E. Santa Teresa de Jesús de los Andes

Encontramos a una joven comunicativa, con una enorme capacidad para la amistad, para el amor, para el afecto sincero y alegre. Juanita sabía que su corazón, hecho para amar y ser amado, pertenecía sólo a Dios, y la fuerza de su amor a Cristo la hizo amarlos exclusivamente aun a costa de que sangrara en su interior.

A los quince años hizo voto de castidad, escoge el día de la Inmaculada, Virgen de las vírgenes, a quien pide que le ayude a conservar su pureza de cuerpo y alma. Cada año lo renueva, y repite: “soy de Jesús”.

Gran figura y modelo de mujer entregada por entero a la vivencia de un único amor: “*Él sólo me seduce*”, todo es bello, todo hermoso, todo amable, “*Todo lo que veo me lleva a Dios... siento entonces sed de lo infinito... le digo a nuestro Señor que la belleza, lo grande, lo encuentro en Él*”.

Vive su intimidad con Cristo de tal manera que puede escribir que “*la intimidad de Cristo con su carmelita es tan grande que las uniones de la tierra son sólo una sombra comparadas con ella*”. Teresa de los andes es modelo de alegría en la consagración.

Nos enseña que una verdadera amistad ayuda mucho para mantenerse en el camino de la perfección: “*demos gracias a Dios por haber juntado nuestras almas con el lazo de la verdadera amistad, aquella que comprende que la verdadera amistad consiste en perfeccionarse mutuamente y en acercarse más a Dios*”.

Escogió el día del Corazón de Jesús para hacer sus votos religiosos porque en ese día la iglesia celebra el amor de Jesucristo por los hombres, porque sentía fuertemente el deseo de que Él fuese más amado y conocido de todos. “*¡Oh, ese loco de amor me ha vuelto loca!*”.

F. Otros

Cabría además mencionar a otros muchos, hermanas y hermanos nuestros, tales como: Ana de san Bartolomé, María de Jesús, Ana de Jesús y todas las que colaboraron con santa Teresa en la primera hora. A las que se han sumado: Magdalena de Pazzi, Lorenzo de la Resurrección (ver a Dios en todas las cosas), Juan de Jesús María (Calagurritano), P. Palau (entrega total a la Iglesia, esposa amada), Rafael Kalinowski (modelo de compromiso social), Maravillas de Jesús (ser las delicias, el consuelo de Jesús) y otros.

Todos ellos nos dicen una palabra sobre el silencio y la oración, la confianza, el amor a Cristo y a los hermanos, a la Iglesia... Ellos nos enseñan a mirar por los intereses del Señor, a centrar en Él nuestro corazón, a ser esposas y madres....

V. Perspectiva práctica

1. ¿Cómo ha sido la formación que hemos tenido con relación a la castidad consagrada?

A. En relación a la experiencia personal de las hermanas

Las respuestas a esta pregunta, por ser de índole tan personal, resultan muy variadas. Pero se encuentran en ellas puntos comunes en dependencia de la edad, formación anterior al Carmelo, tiempo de vida en éste de las hermanas que las han dado. A grandes líneas podemos agruparlas así:

1.

El grupo mayoritario reconoce que ha sido muy deficiente. El tema se silenciaba y se rodeaba de misterio, peligro y pecado. La castidad estaba muy referida al tema sexual-genital. Se acentuaba el aspecto de renuncia a las relaciones sexuales y se desatendía el aspecto de crecimiento afectivo. Casi todas afirman haber vivido bajo una orientación moralista que miraba el tema con recelo y bastante negatividad. También en la sospecha ante “amistades particulares”. Se reconoce haber sufrido desorientación, miedo, soledad, represión y culpabilización...

Dentro de este grupo que afirma haber tenido una formación deficiente, algunas tienden a resaltar una evolución importante, de modo especial a partir del Concilio Vaticano II. El cambio fomentó una orientación más positiva con respecto al cuerpo y a las relaciones de amistad dentro y fuera de la comunidad.

2.

Un segundo grupo aporta una visión más positiva del tema. Dice haber encontrado una orientación más centrada en disponer todo el ser hacia Dios. No han vivido el temor sino que han encontrado en la comunidad unas relaciones fraternas potenciadoras de la integración afectiva, atendiendo la realidad de cada hermana y ayudando a cada una a alcanzar la madurez afectiva y el equilibrio psicológico adecuado.

3.

El tercer grupo sería el de las hermanas más jóvenes que, en general, dicen haber encontrado a este respecto poca formación en cuanto a afrontar el tema con claridad y desde el conocimiento que hoy se tiene por las distintas disciplinas (psicología, antropología, teología...) Manifiestan haber tenido casi exclusivamente autoformación, gracias a buenas lecturas. Sin embargo, no han vivido, o al menos no fuertemente, un ambiente de miedo y represión. Toda la doctrina de los Santos, más conocida ahora que antiguamente, acerca de la madurez afectiva, les ha sido de gran ayuda. También el haber encontrado en las comunidades un espacio mayor para las relaciones de amistad.

B. En relación con lo que supuso el Vaticano II:

Por otra parte, en este tema como en tantos otros, el Concilio Vaticano II constituye el dato histórico por todas aceptado para separar un antes y un después.

Antes del Concilio.

Reconocemos que nuestra formación en este tema ha sido bastante deficiente y en tiempos más remotos constatamos que nula. Ha sido un tema en el que no se sabía como orientar ni qué decir,. Se daba “por supuesto” que se sabía lo necesario. Había poco diálogo y se consideraba algo muy delicado. Se dejaba que cada cual solventase sus dificultades como pudiese... Ni los seglares ni las monjas hablaban de sexo, aunque sí de pecado contra el sexto mandamiento, lo cual no orientaba convenientemente el potencial positivo de esta realidad personal. La poca instrucción que se llegaba a dar era sobre la base de una concepción dualista de la persona humana heredada de la filosofía griega que veía oposición entre cuerpo-alma, carne-espíritu, humano-divino, y culpabilizaba al cuerpo de la división interior causada por el deseo del bien y la inclinación al mal.

En este contexto la sexualidad, entendida reductivamente en su dimensión inferior de genitalidad, era vista como algo pecaminoso y un peligro para la vida del alma. Se daba por descontado que se abrazaba la castidad para entregarse a Dios en respuesta a su amor, pero se ponía el acento en la renuncia al matrimonio que esto conlleva y en el sacrificio de sí mismo que constituye. Se señalaban los posibles peligros, fallos y pecados y su gravedad y se presentaban los medios para prevenir y defenderse de las tentaciones: la oración, confesión y dirección espiritual, devoción a la Virgen, mortificación de la curiosidad, guardando los sentidos, austeridad, modestia exterior... Todos ellos oportunos y actualmente, quizás un poco descuidados, pero entonces, a veces, algunos de ellos llevados hasta la exageración y el escrúpulo.

La castidad aparecía más como lucha por mantener la pureza de cuerpo y espíritu, como esfuerzo por prescindir de todo lo referente a la sexualidad (evitando, incluso, toda información sobre la realidad de la vida matrimonial) que como camino de maduración humana y espiritual, de crecimiento en el amor a Dios y a los demás.

Consecuencias:

La consagración tomaba más bien la forma de holocausto que de fusión de amor, el voto se ha vivido más en clave de renuncia que de gozosa entrega a la vida del Reino. Ha habido una vivencia menos teologal, menos lúcida. Mucho sufrimiento, no se nos hacía ver o no veíamos la relación que hay entre castidad consagrada y vida fraterna. Desconocimiento de cómo llegar a un equilibrio y madurez adecuados, afectividad infantil, poca valoración de nuestra condición femenina, lenguaje defectuoso en todo lo relacionado con la castidad, represiones, falta de naturalidad en las relaciones y una búsqueda por libre de lo que se necesitaba saber. Se puede hablar de dualismo vital (por un lado iba nuestra relación con Dios y por otro nuestras necesidades) y de una táctica más de temor que de amor.

Sin embargo, donde no llegaba la formación específica sobre la castidad consagrada, podía llegar la gracia de Dios, una de cuyas mediaciones han sido siempre las enseñanzas de nuestros Santos Padres sobre la caridad teologal o "*puro amor espiritual*", la purificación de la voluntad y la práctica del amor fraterno en comunidad. Algunas hermanas constatan ahora que en la formación general que se daba, al potenciar la vida comunitaria, la entrega a las hermanas de una manera desinteresada y la renuncia al egoísmo, estaba implícitamente incluida la formación para el amor tal como la entendemos ahora. Hay que mencionar también el efecto positivo que tenía para el equilibrio psíquico de las personas consagradas el haber pertenecido a familias bien constituidas y la presencia visible en la sociedad de valores humanos, morales y cristianos. El caso es que, de hecho, no pocas hermanas vivieron con normalidad un proceso que las llevó a un alto grado de madurez humana y espiritual.

Después del Concilio.

La formación ha ido adquiriendo calidad y consistencia gracias a la doctrina que se va elaborando a impulso del Vaticano II en apertura a los avances de la teología y de las ciencias humanas. En ella:

- Encontramos un lenguaje claro y una valoración positiva de la sexualidad entendida en el sentido pleno que comprende afectividad, condición sexuada viril-femenina y genitalidad. Se llaman las cosas por su nombre y se afrontan con naturalidad las situaciones relacionadas con el sexo.
- Se pone de relieve la esencial importancia e irrenunciabilidad de la afectividad para el desarrollo de la persona humana, la estructura dialógico-relacional de ésta y, por tanto, su fundamental apertura a la comunión interpersonal.
- La castidad consagrada queda situada dentro del proyecto creador y salvador de Dios, como un camino de relación humana y cristiana del amor en complementariedad con el matrimonio.
- Se da orientación para vivir con fruto las distintas etapas del proceso de maduración de la afectividad, teniendo en cuenta los procesos fisiológicos y psicológicos de la persona para orientarla desde nuestra opción de vida.

Consecuencias:

Conceptos claros y serenos sobre el funcionamiento de la persona humana respecto al tema de la sexualidad y de las características de la etapa madura e inmadura. Esto facilita mucho el trabajo en el camino hacia la libertad afectiva, la capacidad afectuosa y alegre, la integración de las pasiones que son la fuerza del alma (S. Juan de la Cruz) para poder servir al Señor con todas las fuerzas, con toda la mente, con todo el corazón.

Lo dicho hasta ahora es altamente positivo, causa gozo y ensancha el corazón, aun reconociendo el riesgo de una posible superficialidad o flojedad, y una orientación marcadamente horizontal.

Por otra parte el bajo nivel moral de nuestra sociedad y la desestructuración de no pocas familias tiene como consecuencia muchos problemas psíquicos, personas marcadas, personalidades débiles, etc. Y esto obstaculiza la respuesta a una posible llamada de Dios y un adecuado proceso de maduración en personas que han acogido esta llamada.

A la luz de todo lo considerado podemos decir que las consecuencias, en general, son que todo lo que hemos vivido nos ha servido para ir haciendo un camino de maduración, viviendo las relaciones personales con equilibrio y madurez, abiertas a nuestra entrega y donación a los demás. Es un proceso que abarca la vida entera, que nunca está aprendido del todo y que siempre es necesario tenerlo en cuenta. Dios nos ha creado personas sexuadas, y desde ahí respondemos a la vocación que Dios nos ha dado. Se trata de integrarlo todo en el único amor.

2. Mi castidad consagrada por el reino de los Dios ¿ha potenciado mi capacidad de amar?

La respuesta es afirmativa en el sentido de que el don de la castidad consagrada crea en nosotras libertad interior y disposición para ir creciendo en un amor indiviso, inmediato, oblativo a Dios y a los demás, un amor que se va asemejando al de Jesús, amando a cada persona por sí misma, gratuitamente, sin buscar nada a cambio, a lo largo de un proceso que no tiene fin.

Es el campo en donde vemos más claro que la obra es de Dios y que nosotras luchamos por no estorbarla, agradecidas por lo que Él va haciendo y con esperanza de que conformará nuestro corazón con el suyo, y, gracias a Dios, pese a reconocer que no siempre se ha vivido bien enfocada y que existe, por tanto, el peligro de endurecimiento del corazón, si no se encuentra el cauce apropiado, reconocemos que podemos decir gozosamente que se ha dilatado nuestra capacidad de amar.

Nuestra afectividad, al estar centrada en Dios, hunde en Él sus raíces y revierte en entrega generosa a las hermanas y personas con quienes nos relacionamos. Crece la capacidad de entrega real. Se experimenta un amor cada vez más abierto a lo concreto (la comunidad) y a lo universal (Iglesia y mundo). Más respetuoso, libre y entregado. Nos sentimos madres de los hombres.

La castidad consagrada ensancha el espacio de nuestra tienda, nuestros corazones, dando cabida en ellos a todos sin distinción, haciéndonos conscientes de la filiación divina y potenciando así nuestra intercesión continua. Va creciendo la sensibilidad y preocupación por los problemas del mundo, liberándonos primero de nuestros intereses egoístas y haciéndonos cada vez más coherentes con el verdadero amor que Dios nos pide.

3. ¿Sabemos asumir las crisis en el proceso de maduración en la castidad consagrada como medios para crecer en el amor auténtico?

Sabemos en teoría y lo vemos en la vida de los santos que las crisis son momentos propicios para el crecimiento pero no siempre sabemos sacarles este provecho. Es difícil asumir -en nosotras y en los demás- las crisis en el proceso de maduración afectivo-sexual, al ser un tema complicado, que se nos escapa de las manos, que no podemos controlar, que nos desconcierta muchas veces. Se presentan con gran fuerza y pueden durar tiempo crisis de soledad, de atracción indebida por otra persona, "*grandes trabajos* y *tentaciones* *sensitivas*" (en palabras de san Juan de la Cruz). A veces nos asustan. Siempre son dolorosas.

Las crisis son ocasión para aceptar nuestra realidad, no somos perfectas, tenemos problemas. Santa Teresita sabía mucho de aceptar su ser y dejarlo todo a la misericordia de Dios, pero nunca cayó en el escepticismo a causa de su flaqueza, antes siempre corría con esperanza y alegría al Señor. Toda prueba es gracia de Dios, aunque sólo más tarde podemos verlo. Debemos asumirlas desde la oración, acudir al Señor con fe y confianza pase lo que pase y Él nos va enseñando.

Hay experiencia de haber ido asumiendo las crisis sobre la castidad con la gracia de Dios, sin plantearse su existencia, como formando sencillamente parte del propio camino de madurez espiritual. Y hay experiencia de verlas como un paso de Dios por nuestra vida. Después de haber vivido estos momentos se vive mejor la consagración con mayor apertura y comprensión para con las debilidades humanas relacionadas con el voto de castidad y se crece en un amor a todos sin exclusivismo y posesión. Cuando con serenidad sabemos detectarlas y encauzarlas acaban siendo un proceso gozoso de crecimiento, nos

ayudan a volver a optar por el Señor y a vivir con mayor intensidad esta opción.

A asumir las crisis nos ayuda:

- Una buena formación para tener clara la meta de hundir más y más nuestras raíces en Dios-Amor.
- Abandonarnos en los brazos del Padre, que nos guía y sabe como educar a sus hijos.
- La recepción de los sacramentos, especialmente la Eucaristía.
- El acompañamiento espiritual.
- Una auténtica vida fraterna, en un clima de diálogo en que se pueda contrastar, desahogarse y recibir consejo.
- Humildad.
- Virtudes teologales.
- El ejemplo y la doctrina de los Santos Padres.
- Mirar a María como ejemplo de vida consagrada.

[Volver](#)